

LA FRANCIA PROFUNDA DE FERNAND BRAUDEL

Se ha dicho (¿Nietzsche?) que el alemán es el hombre que se formula repetidamente la pregunta ¿qué es ser alemán? Observación que podría extenderse, obviamente, a la introspección colectiva hispánica —argentinos, mexicanos, españoles (incluyendo a los catalanes)— de este siglo. Mas no podría extenderse, sin embargo, a Francia. Recuerdo así la perplejidad de un colega francés cuando un eminente filólogo romanista alemán nos aleccionaba sobre el enfoque que habíamos de dar a nuestros respectivos cursos sobre la civilización de España y Francia en la universidad norteamericana donde empezábamos nuestro noviciado docente. Porque al indicar el profesor Leo Spitzer que debíamos fijarnos, como punto de partida, la interrogación «¿Qué es Francia?» —o «¿Qué es España?»—, mi colega francés mostró su inquieta sorpresa ante tal extraño requerimiento. Para él no cabía preguntarse sobre una realidad humana patentemente segura de sí misma y tradicionalmente carente de las angustiadas autointerrogaciones de otras culturas. No es, por lo tanto, sorprendente, para un lector hispánico, que el gran historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) confesara, en su libro póstumo —*L'identité de la France*, 1986—, la importancia de su relación con España al emprender su obra sobre la identidad de su patria: «Un exemple m'aura accompagné sur ce chemin» (pág. 18). El de España, añadiendo: «le lecteur sait peut-être qu'elle a beaucoup compté dans ma vie». Y tras referirse a Unamuno, Ganivet y Ortega, escribía Braudel (pág. 19):

«Je me suis plu, en esprit, à me mêler à cette troupe illustre, à partager ses réactions. Mais je resterai loin de leurs leçons. Je ne crois pas à une

"essence" de la France (ni d'ailleurs de l'Espagne); je ne crois à aucune formule simple...»

Veremos, sin embargo, más adelante, que quizás no sea excesivamente aventurado proponer que hay en Braudel más huellas de sus lecturas españolas (sobre todo de Unamuno) de lo que él mismo hubiera querido admitir. Pero el propósito de estas páginas no es, por supuesto, reducir a Braudel a un francés españolado.

Muy al contrario, ya que Braudel era, en verdad, aunque no le gustara la palabra «esencia» (ni las simplificaciones), la quintaesencia del francés apasionadamente enamorado de su patria, de su «terroir»: «J'aime la France avec la même passion, exigeante et compliquée, que Jules Michelet» (pág. 9).

Mas Braudel empezó a ocuparse de Francia, como tal, sólo en los últimos años de su actividad docente (cursos en el Collège de France de 1970-71 y 71-72; nació en 1902). De ahí que señale que, si bien llega tarde a su «terroir» propio, lo hace con marcada satisfacción. Además, declara Braudel, el historiador no está en terreno verdaderamente firme más que en el de la historia patria: «Comprende casi instintivamente los rodeos, los meandros, las originalidades, las debilidades». Aunque el historiador posea una considerable erudición, nunca podrá disponer de tales bazas cuando «il se loge chez autrui» (pág. 10). Es cierto, por otra parte, que la aspiración de los historiadores en el último medio siglo (1935-1985) a competir con las demás ciencias sociales, les ha impuesto «la exclusión del corazón». En suma, el historiador ha de condenarse a una especie de silencio personal. ¿Es factible tal sequedad distante al considerar la historia nacional? Braudel lo cree, en su caso individual al menos, ya que su concepción de la historia le facilita una perspectiva despersonalizadora: la de su famosa «longue durée». Y así podrá organizar la historia de Francia «en profondeur». Ambición secreta (por así decir) que

tuvo desde el triste verano de 1940, cuando en un campamento de oficiales franceses prisioneros sentía que ellos representaban la Francia perdida, pero la Francia profunda, al igual de una reserva militar, estaba en una retaguardia lejana y permanente, y sobreviviría a aquella enorme catástrofe. ¿No cabría, ahora, advertir que en Braudel, pese a todos sus propósitos de «sequedad» metodológica, actuó, como en su reverenciado Michelet, una intuición poderosa, emanada de un corazón patriota abrumado, mas no vencido, por el dolor?

Llegó así también Braudel a reconocer que lo sucedido en Francia en los años siguientes al Desastre de junio de 1940 —la guerra civil entre colaboracionistas y «résistants»— era una manifestación más de una constante de la historia francesa. «Toute nation est divisée, vit de l'être», anota Braudel (pág. 103), muy análogamente a como hubiera podido decirlo Unamuno. Pero la historia francesa supera, con mucho, a otras naciones en sus conflictos internos: protestantes contra católicos, jansenistas contra jesuitas, republicanos contra monárquicos, derechistas contra izquierdistas, «dreyfusards contre antidreyfusards»: concluyendo, «la division est dans la maison française». Y hasta tal punto que un atormentado escritor, Julien Benda, afirmaba que la historia de Francia era «une affaire Dreyfus en permanence». Un historiador reciente, Marc Ferro (*La Grande Guerre 1914-1918*, 1969) era aún más tajante al escribir que, en Francia, ha predominado con creces el impulso fratricida sobre el patriótico, con la sola excepción de la guerra de 1914-1918. Así, observa Ferro, «cada uno de los conflictos bélicos de la nación más orgullosa de sus glorias militares ha sido, en mayor o menor grado, una lucha civil» (Braudel, pág. 104).

Mas Braudel declara que su propio pasado le impide comprender tales interpretaciones de la historia francesa. Confiesa que se ve a sí mismo como un francés del «Este» (la frontera alemana), aunque fuera

bretón de nacimiento, apoyado en lo que llama «el aparato unitario de Francia», y muy consciente de que su libertad depende de dicha unidad y de la vigilancia que exige el mantenerla. Braudel se apresura a manifestar que no quiere justificar su actitud, porque ésta responde a una herencia espiritual y a experiencias vividas por él mismo. Es patente que Braudel sufría al contemplar las luchas civiles de su patria, aun las más remotas. Cita así un extraordinario texto de un protestante sobre los antecedentes y la batalla de Dreux, en 1562, entre aristócratas católicos y protestantes pertenecientes a las mismas familias, o amigos íntimos hasta entonces. Y recuerda también Braudel otro texto, procedente de las memorias de un paje de María-Antonieta, en el que un anciano caballero de la Corte predice terribles sucesos, y ante la incredulidad del joven exclama: «Monsieur, nous sommes une nation à tragédies». Textos, dicho sea de paso, que son particularmente significativos para lectores de un país como España que se ha creído muy exclusiva tierra de tragedias. También, para Braudel, son reflejos penosos de una Francia otrora dividida que, afortunadamente, él cree ya muy lejana, dados los factores actuales de unificación y acercamiento geográficos. Mas ¿no cabría también ver en la actitud de Braudel una casi genética resistencia a la identificación de «historia» y «tragedia»? Su frecuentación de Unamuno no se reconoce en la aversión que sentía por todo lo que fuera lucha civil, aun por la carente de confrontación sangrienta. Mas quizás (como apuntamos antes) haya en Braudel actitudes espirituales emparentadas con el pensador español.

Para Braudel, en primer lugar, la identidad de Francia no se puede propiamente datar. Frente a los historiadores contemporáneos que afirman que la Galia no tiene nada que ver con la Francia moderna, Braudel exclama indignado: «¡Como si la historia no descendiera hasta la profundidad de los tiempos, como si la prehistoria y la historia no constituyeran un continuo proceso!» (Se comprende que Américo Castro

—que databa la identidad de España hacia el año mil— fuera tan adverso al pensamiento de Braudel.) Otro rasgo estilístico es más fielmente revelador de la actitud de Braudel ante su historia patria: el gusto por la palabra «épaisseur» (espesura, también en sus dos acepciones castellanas). Así: «la espesura entera del pasado de Francia... desde antes de la conquista romana de la Galia y hasta hoy mismo» (pág. 13). Actitud que revela también la importancia dada por Braudel a la geografía. O, más específicamente, a la geografía tal como la concebía Paul Vidal de la Blache (1845-1918), uno de los paradigmas claves de Braudel. En su ya legendario ensayo de 1958, en los «Annales», «La longue durée», afirmaba orgullosamente Braudel que una de las superioridades francesas, en las ciencias sociales, era la escuela geográfica de Vidal de la Blache, en contraste, por ejemplo, con el absoluto desdén de los sociólogos norteamericanos por la geografía.

En el libro que nos ocupa, Braudel repite la pregunta de Vidal de la Blache: «¿Es Francia un ente geográfico?» (pág. 237). Braudel se complace en reiterar la respuesta del creador de la «geografía humana»: la historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita, ya que éste es una represa que contiene las energías acumuladas por la naturaleza, pero cuyo empleo depende de los seres humanos.

Braudel alcanza entonces, al describir los paisajes tanto históricos como geográficos, su tono más lírico, más gozoso de saberse francés: la diversidad de Francia es para él «son plus beau visage, celui que j'aime et qui, par sa seule beauté, me libère de tout raisonnement qui pourrait être triste» (pág. 110). ¿No cabría, en verdad, ver en el entusiasmo de Braudel por la diversidad geográfica de su patria —por la densidad histórica de sus paisajes más bellos— la razón primera de su acentuación del factor geográfico como clave principal de la historia? Unamuno habló de «paisajes del alma» (parafraseando a su modo lo dicho por Amiel, «un

paisaje es un estado de alma»), para referirse, sobre todo, a la que llamaba «tierra enjuta» castellana. El paisaje francés de Braudel es, en cambio, un espejo de la «cultura» (en todas sus acepciones) de un pueblo milenario muy consciente de su afortunada morada geográfica. De ahí que *La identidad de Francia* no ofrezca un ensayo de introspección colectiva, sino un nuevo «Tableau», análogo al de Vidal de la Blache; y de ahí también que sea un libro escrito, lógicamente, más para los compatriotas del autor que para lectores foráneos, a quienes resultará probablemente demasiado circunstanciado. Mas es, patentemente, un libro-modelo, además de representar, en sí mismo, una modalidad intelectual francesa de obvio interés para todos los aficionados a «las cosas de Francia» (como habría gustado de decir Azorín). Y en estos días españoles, cuando el estudio de la lengua francesa —cuyo conocimiento es indispensable para el historiador de España— está en escandaloso declive en las instituciones docentes españolas (y en particular en la segunda enseñanza), es imperativo rendir homenaje a los grandes historiadores franceses.

Resonancia internacional

La obra de Braudel no necesita, por supuesto, apoyaturas de ningún género dada su resonancia internacional. Pero sí conviene realzar, para lectores españoles, que *La identidad de Francia* es el libro-modelo al que nos acabamos de referir. Categoría que debe, ante todo, representar el «estilo» de la escuela histórica francesa identificada con el grupo de la revista «Annales» (en la cual tanta importancia tuvo la participación dirigente de Braudel desde 1946). Otro gran maestro francés, Ernest Labrousse (*La crise de l'économie française à la veille de la Révolution française*, 1944), observó en el prólogo al homenaje a Braudel (2 volúmenes de *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel*, Privat, Toulouse,

1973), que el grupo de historiadores de los «Annales» se había destacado no sólo por su nueva metodología, sino también por su «escritura», por una voluntad de estilo que aspiraba a elevar notablemente el nivel literario de los escritos de historia franceses. Que lo consiguieron es harto manifiesto en todos los libros de Braudel, y particularmente en muchas páginas de *La identidad de Francia*; y aquí es pertinente observar que no hay equivalentes estilísticos entre los historiadores españoles, cuya carencia de rigor literario muestra que no han seguido el ejemplo de Braudel y otros maestros de la prosa francesa pertenecientes al grupo de los «Annales». Aunque podría atribuirse tal carencia al ya antiguo contraste entre la enseñanza del francés en Francia y la del español en España.

Volvamos ahora a la relación de Braudel con el pensamiento español y en particular con Unamuno. En el prólogo de la primera edición del libro (tesis doctoral francesa), que estableció de golpe su reputación internacional, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949; traducción española, Fondo de Cultura, México, 1953), esbozó Braudel su concepto de la historia al indicar que había aspirado a describir «ces grands courants sous-jacents, souvent silencieux, et dont le sens ne se révèle que si l'on embrasse de larges périodes du temps», o sea lo que llamaría poco después «la longue durée». Añadiendo: «Les événements retentissants ne sont souvent que des instants, que des manifestations de ces larges destins et ne s'expliquent que par eux». Es particularmente indicativo que al referirse Braudel a Unamuno mencione la traducción (de su amigo y colega Marcel Bataillon) de *En torno al casticismo* con el título *L'essence de l'Espagne* (1923). Mi aventurada hipótesis, casi osada seguramente para los braudelianos, es la siguiente: ¿no habrían dejado una huella en el joven Braudel, cuando leyó a

Unamuno, las páginas de *En torno al casticismo* relativas al concepto de intra-historia?

No se trata, por supuesto, de considerar a Unamuno como una «fuente» de Braudel y de su concepto de la «longue durée», pero sí parece probable que la lectura de *En torno al casticismo* haya sido absorbida «unamunianamente» por el historiador francés. Y teniendo siempre presente el precepto de Unamuno —«No hay opiniones, sino opinantes»—, debemos afirmar la singularidad intelectual del «opinante» Braudel. En suma, los textos citados mostrarían, una vez más, la dimensión contemporánea, muy siglo XX, del pensamiento de Unamuno visto desde Braudel.